

RECIBIR EL AMOR Y SER AMOR

(Orando con san Agustín)

Venit Christus mutare amorem
S. 344

Lás paginas que siguen quisieran proponer un alto de oración con san Agustín. Seguramente una vez más nos llevará más lejos de lo que pensamos, pero ¿no reside allí el riesgo de todo amor, de toda conversión?

En la escuela de san Agustín —¿es necesario recordarlo?— oración y vida se cantan al unísono. La oración es un canto interior que debemos acompañar con nuestra vida, armonizando al compás de este canto los movimientos de nuestro corazón y nuestros comportamientos¹.

La oración nos interpela secretamente, nos despierta a la Presencia, nos revela a nosotros mismos y nos invita a convertir nuestro amor. Desde el momento en que el hombre se despierta a Dios, experimenta la necesidad de no ser más mentira, de liberarse de las imágenes “extrañamente aglutinadas” en su alma por medio de “la argamasa del amor”²; de abrirse a la trascendencia. “*In-tus Deus altus est*”³ y estamos llamados a ir más allá de nosotros mismos para alcanzarlo.

Mejor que nadie, el convertido de Milán que había llegado tarde a la oración nos hace comprender que Dios es la sed esencial del hombre: “Nuestra alma tiene sed, nuestra carne tiene sed, y de tantas maneras, mas no es cualquiera quien calmará nuestra sed sino tú, oh Señor y Dios nuestro”⁴.

De la *Revista Agustiniiana*, 1986. Traducción del Hno. Juan Grovermann, ocsa.

1. S 311,7

3. Ps 130,12

2. *De trin.* X,8

4. Ps. 62,8

Nos repite incansablemente cómo ese Dios trascendente, tormento y felicidad del hombre, no cesa de buscarlo, y cómo el hombre contesta a esa llamada, con su fragilidad y sus incoherencias. Somos y existimos únicamente porque fuimos amados. Y porque Dios nos amó, somos capaces de expresar este Amor.

Orar con san Agustín es entrar progresivamente en el misterio trinitario, en un doble movimiento de interiorización y de apertura, de acogida y de don, de silencio y de encuentro.

El amor es Dios, nos dice Agustín. Quien ama sin pertenecerse ya más a sí mismo, permanece para siempre con Dios; expresión que a través de quince siglos se une a la de Silvano, el santo monje del Athos: "Si el alma ama a los hombres y tiene compasión de ellos, la oración ya no cesa más".

"Te duce in me redeam et in te"⁵

"El oído de Dios está atento a lo que dice el corazón del hombre"⁶.

Ya sea que ores en silencio o en alta voz, gritas a Dios con tu corazón. Entendido en el sentido bíblico, el corazón es el centro de tu ser, lo que eres en profundidad, lo que hace tu verdad, tu unicidad de hombre. Orar con el corazón es empeñarse con todo lo que uno es; es, según la linda fórmula de M.F. Berrouard, orar en su lengua materna.

"Muchos ni a sí mismos se conocen —constata Agustín—. Conocerse a sí mismo, como todos deberían hacerlo, no es propio de todos. ¿Y cómo amaría, pues, al prójimo el que no se conoce a sí mismo?"⁷.

El hijo pródigo no se hubiera levantado para ir hacia su Padre si en primer lugar no hubiera vuelto sobre sí mismo, si se hubiera ignorado por completo.

Ahora bien, a menudo el hombre vive en la periferia de sí mismo, dejándose llevar "por amores variados y divergentes"⁸, "el alma vagando por acá y por allá, entretenida en distintas aficiones o preocupaciones de negocios mundanos"⁹. "Sale como un desterrado de su corazón por amar a las cosas exteriores, menospreciando los bienes interiores..."¹⁰ errante por la "región de la desemejanza". ¡Y sin embargo! Se siente atormentado por un deseo inconfesado de clarificar el sentido de su vida, de "ser" verdaderamente.

"*Noli foras ire! Noli foras esse!*" le grita Agustín. Para comprenderse y ver-

5. *Sl* II 6,9

6. *Ps* 119,9

7. *Ps* 118(8), 2.

8. *C* IV, 14

9. *Ps* 145,6

10. *S* 330,3.

se en la verdad, es necesario encontrar de nuevo el camino del "corazón", descender a sus raíces profundas: "ut videat se in se, ut noverit se apud se"¹¹.

Entonces surge para cada uno de nosotros la interrogación: "¿Quién soy, pues, Dios mío? ¿Qué clase de ser soy?"¹².

Fascinado por Dios, Agustín también lo está por el hombre, esa maravilla, "magnum miraculum"¹³. Precursor de la sicología de las profundidades, presintió lo irracional y el subconsciente, recorrió la inmensidad del espacio interior, exploró sus repliegues, a menudo inquieto, a veces sobrecogido por un estremecimiento, siempre maravillado. "Grande profundum est ipse homo"¹⁴. ¿Hay algo más profundo que este abismo?

A partir de su experiencia íntima, cuyos límites supo llevar hasta el infinito, no cesó de meditar sobre el hombre y su destino inmortal: "¿Qué soy yo mismo para Ti, para que me mandes que te ame?"¹⁵.

Al crearnos a su imagen, Dios hizo algo muy grande, dice Agustín al hombre de hoy que ya no cree o cree mal, en el valor insustituible de una vida humana. El hombre se sabe precioso porque fue pensado por Dios¹⁶, creado a su semejanza, rescatado a un gran precio. "Hombres, no os subestiméis: el Hijo de Dios se hizo hombre. Mujeres, no os subestiméis: el Hijo de Dios nació de una mujer"¹⁷.

Caña pensante, "hierba que pasa", el hombre es grande porque busca la clave de su propio misterio; porque es "capacidad de Dios" en el seno mismo de la peor miseria; porque vive para una superación, pensamiento que en nuestros días vuelve a tomar con igual dicha Soljénitzyne. Este sabor de eternidad forma parte de su vocación de hombre, que lleva una herida incurable: "Nos has hecho para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti"¹⁸.

No temas descender a tu profundidad, te dice Agustín. "Entra en ti mismo y dirígete hacia Aquel que te hizo. Imita al hijo menor del Evangelio; ese hijo quizás eres tú..."¹⁹. Encontrando de nuevo el camino de tu corazón, empieza por mirarte tal cual eres y en presentir lo que deberías ser. El corazón del hombre, ¡qué campo de batalla! "Todos los días en nuestro corazón hay un combate; solo en su corazón, el hombre debe luchar contra una multitud"²⁰ y es raro que salga ileso de ese combate, sin heridas... ¿quién no se reconoce? Este hombre, te dice Agustín, "tal vez eres tú; por supuesto eres tú, o aquel o yo mismo..."²¹.

11. Ps 41,7

12. C X,17

13. S 126,4

14. C IV, 14

15. C I,5

16. S 21,8

17. De Ag. chr. XI, 12.

18. C I,1

19. S 330,3

20. Ps 99,11

21. S 154,2

“Es el Espíritu de Dios quien pelea en ti, contra ti, contra lo que hay en ti opuesto a ti mismo. No quisiste volverte al Señor, caíste y te rompiste como un vaso que se escapa de la mano y se rompe al caer a tierra. Ahora bien, es porque te has roto así que eres enemigo de ti mismo, que estás enfrentado contigo mismo”²².

¡Cuántos deseos, cuántas alegrías baratas, cuántas inquietudes fútiles vienen a hostigarte diariamente, como una nube de mosquitos²³! Las alejas y vuelven, y te resulta muy difícil desembarazarte de ellas. Ellas desvían esa parte de tu deseo que debería ir hacia Dios.

¿Debes acaso ceder al desaliento? ¿Renunciar a la oración? No desesperes demasiado rápido de ti mismo, dice Agustín: “Nadie huye sabiamente de Dios si no huye hacia El, de su severidad hacia su bondad”²⁴. Sólo el Artesano que te ha creado, puede recrearte. Sólo Dios puede llevar a Dios. El reclama de ti su semejanza.

“Esta imagen de Dios que es el hombre... se ha como gastado en este abismo con el movimiento perpetuo de sus olas: por eso si el mismo Dios no renueva y repara esta imagen, impresa por El en el hombre el día de su creación... el alma permanece siempre en el abismo. Pero que grite desde ese abismo... Aquel que grita del fondo del abismo, emerge de él y sale de él: sus gritos le impiden hundirse más profundamente”²⁵.

Y consentir es ya orar.

Sana et aperi aures meas...

Sana et aperi oculos meos...²⁶

Clama ad Deum

“Grita a Dios, grita desde lo más profundo de tu corazón, grita allí donde Dios oye. Tú pecas allí donde sólo su mirada penetra; grita allí donde sólo El te puede oír”²⁷.

Ama a Cristo, desea luz que es Cristo, te dice Agustín comentando la perícopa del ciego de Jericó. Que toda tu vida sea un grito a Cristo. El se detendrá. Stabit, quia stat²⁸.

El es tu salud. *Salus tua Christus*.

Agustín se detiene de buen grado a contemplar a Cristo en el Calvario: humillado, herido, desfigurado, curó nuestras heridas en la cruz, habiéndonos amado hasta el extremo. “Su fealdad es tu belleza”²⁹, dice Agustín en una de sus admirables síntesis.

22. S 128,9

23. S 8,4

24. S 351,12

25. Ps 129,1

26. Sl 1,1,5

27. S 161,7

28. S 349,5

29. S 27,6

Todo en él lo convierte en nuestro médico: su muerte redentora, los tres grandes sacramentos de la Nueva Alianza, su enseñanza y el ejemplo de su vida.

“Aprende a orar a Dios entregándote al médico para que haga lo que le parezca bien. A ti te corresponde declarar la enfermedad; a El, aplicar el remedio... El ve la profundidad del mal, sabe hasta dónde es necesario llegar...”³⁰. Este médico incomparable cura a cualquier enfermo, pero no al que se opone a ello³¹. Hace resplandecer el poder de su arte en casos aparentemente desesperados, como Pablo, en otros tiempos Saulo de Tarso, “a fin de que ningún pecador sea tentado por la desesperación”³².

En su sermón 142, Agustín vuelve sobre el tema del alma que sale fuera, lejos de sí misma y de su Señor, “expulsada hacia las cosas exteriores”. Habiéndose entregado a todos los excesos del orgullo, alienada, disminuida, pero arrepentida, aspira a volver a encontrar el camino del retorno.

“Tenemos un camino seguro, *via tuta*. Este camino es Cristo humilde, es Cristo verdad y vida, en su grandeza y su divinidad... Es para curarte que vino tan gran médico hasta ti... Vino a enseñarte la humildad que te abre el camino del retorno”³³.

Y con su manera directa, sabe tranquilizar a su auditorio africano:

“¡Cristo se hizo nuestro camino, y nosotros desesperamos de llegar! Este camino no se detiene, no está cortado, no puede ser borrado por lluvias ni inundaciones, ni ser asediado por ladrones. Camina con toda seguridad en Cristo. Avanza...”³⁴.

Cristo es tu vida. *Christum attende*³⁵. Levanta tu mirada hacia El. Te dejó su Evangelio o te habla con su voz de carne para que lo busques interiormente. Cura tu ceguera con el colirio de la fe, despierta tu mirada espiritual, el oído espiritual, transforma tu amor para hacer de ti una creatura nueva.

Con Agustín, el comentario de la Escritura te vuelve a llevar con los discípulos de Emaús, con el corazón abrasado por un ardor interior: es una escuela de oración, un arte de vivir, una fiesta cotidiana. La Palabra penetra en ti, te remueve, te excava, te trabaja, a fin de encontrar una tierra donde germinar. Es necesario alimentarse diariamente con ella para impedir que los yuyos y las espinas hundan sus raíces en el corazón, y ahoguen allí la buena semilla depositada.

30. *1 Jn* 6,8

31. *Ps* 102,6

32. *S* 278,1

33. *S* 142,1

34. *S* 170,11

35. *S* 62,16

Para Agustín, “el festín de la Palabra” tiene el gusto del banquete eucarístico, alimento esencial para la vida interior, que en nosotros se hace carne y sangre. Te invita a rumiarla, a asimilarla, a hacerla pasar a tu vida. “Comer bien y digerir mal, es escuchar la Palabra de Dios y no ponerla en práctica, es no extraer de ella el jugo nutritivo”³⁶.

Ella es también fuente de aguas vivas. Dios “nos dio agua en este desierto llenando del Espíritu Santo a los predicadores para que se formase en ellos una fuente de agua viva que brota hasta la vida eterna”³⁷. De esta fuente cada uno puede beber hasta la saciedad, tanto el onagro orgulloso como la temerosa liebre; cada uno según su capacidad y no según la abundancia de esta fuente desbordante. Debes acercarte a ella con humildad. “Me atrevía a buscar con orgullo lo que sólo la humildad puede descubrir —reconoce con toda sencillez el obispo Agustín— en esa forma que nosotros amamos. Abandoné el nido y antes de volar, caí. Pero el Señor en su misericordia, me levantó para que no fuese pisoteado por los transeúntes y me puso de nuevo en el nido. Yo mismo, pues, fui turbado por las dificultades de que les hablo...”³⁸.

Cristo vino porque es Misericordia. El Evangelio te dice sólo una cosa en cada una de sus páginas: revela el Amor, un amor que no soporta ninguna exclusión, con una expresión de preferencia por los pobres y los enfermos, los pequeños y los pecadores, que se abren así tímidamente a la gracia. Dios inclina su oído al humilde que reconoce sus pecados, que necesita de su misericordia.

“Dios es sin duda el Altísimo pero si tú eres humilde, El vendrá a ti”³⁹.

Si vis sanari, descende!⁴⁰

Dios quiere al humilde y al pobre con una ternura particular.

“Allí está Cristo que te dice: ¡Sé humilde, sé manso! Palabras breves: escúchalas”⁴¹.

El Verbo vino en el tiempo para conducirnos a la eternidad; se hizo prójimo de nosotros, “creaturas débiles y rastreras”, a fin de que no tengamos miedo de que la desesperación nos impida lanzarnos hacia Dios⁴².

Se hizo pequeño para venir hacia los pequeños; quiso nacer y morir pobre... “Despierta en ti a Aquel que nada quiso poseer acá abajo, y poseerás

36. S 152,1

37. Ps 62,8

38. S 51,6

39. Ps 93,16

40. S 124,3

41. S 142,5

42. De Trin. IV, 18

íntegramente a Aquel que se humilló por ti en la cruz"⁴³. El misterio de la Redención es una lección inagotable de humildad, la revelación suprema de lo que puede el Amor. "La Pasión del Señor exige tu humildad"⁴⁴.

En el Huerto de los Olivos, "la naturaleza de servidor de la que se revistió por amor a ti, hizo escuchar la voz del hombre, la voz de la carne. Se dignó transfigurarte en sí para que puedas evocar sus debilidades y sacar de El la fuerza que necesitas"⁴⁵.

Vino como maestro de humildad, El nos abrió un paso, una "pascua", misterio de muerte y de resurrección. "¿Y dónde pudo manifestarse esta mansedumbre de una manera más llamativa y más digna que en la cruz?"⁴⁶.

Ser humilde es pues revestirse de Cristo, ser injertado en la humildad redentora del Salvador. "La humildad te hace más conforme a Aquel que es humilde, te inspira el deseo de elevarte hasta El"⁴⁷.

La humildad no es el ocultamiento del talento, ni el complejo de inferioridad, ni una virtud que se debe adquirir: es un espacio abierto que Dios viene a agrandar para colmarlo con su Vida.

Es también vivir en la verdad. "Toda tu humildad consiste en conocer bien lo que eres"⁴⁸. Tanto para Agustín como para Teresa de Avila, ser humilde es caminar en la verdad frente a Dios y a uno mismo.

"Un hombre que se despierta en Dios, totalmente movido por el fervor del Espíritu Santo, un hombre que en su amor a Dios, se encuentra vil a sus propios ojos, que quiere llegar hasta Dios pero que no puede, un hombre que, a la luz de Dios, se considera y se descubre, que ve que todo en su alma enferma se opone a la pureza divina, un hombre así, encuentra dulzura en llorar, en implorar a Dios que sea una vez más y siempre misericordioso hasta que por fin lo despoje de su miseria. Ese hombre puede orar a Dios con toda seguridad, porque recibió la prenda gratuita de la salvación por su Hijo, el único Salvador y su única Luz"⁴⁹.

Se ora con tanto más fervor cuanto más libre y despojado esté el corazón.

*Facimus lucum Domino*⁵⁰. Debes preparar en tu corazón un espacio para Dios. Tu hambre de Dios será grande si tu corazón está sinceramente desapegado de las felicidades frágiles y fugitivas. La riqueza del corazón es lo que éste desea. No te basta no poseer nada: "De qué te sirve estar despojado

43. S 107,10

44. S 125,5

45. S 344,3

46. S 279,3

47. S 41,7

48. Ev Jn Tr 25

49. De Trin. IV, 1

50. Ps 131,6

si estás devorado por los deseos?"⁵¹. A la viuda Proba que aspira a orar, Agustín le pide que purifique sus deseos, que ahonde un deseo "totalmente distinto" en medio de todo lo que ella vive, que prefiera lo que es eterno a lo que pasa, "y aunque seas rica —le escribe— ora como un pobre. *Sicut paupera ora*"⁵².

Orar como un pobre, ¿qué quiere decir? "Felices los pobres de espíritu y ricos del Espíritu de Dios. Permanecen en el valle y saben recoger las aguas que bajan de las cumbres"⁵³.

Un corazón pobre es un corazón ligero, donde toda pesadez queda abolida: tensiones, miedos, envidias, prejuicios; un corazón pacificado capaz de buscar sin tregua, de esperar pacientemente, aceptando que todo le venga de Aquel que es la única riqueza deseada, la única alegría por venir:

Un corazón pobre está libre para adorar y para alabar.

Orar como un pobre es hacer el aprendizaje de una penuria permanente, de una pobreza esencial; es acercarse a Dios como un mendigo, con la mano tendida, con las palmas abiertas: para recibir el Amor.

Capax per quod sis capax⁵⁴

"Te llamo, o Dios mío, oh misericordia mía..."

Palabras que abren el himno tan bello a la misericordia del libro XIII de las Confesiones; que abren igualmente todo espacio donde el alma entra en un contacto vital con Dios, yendo más allá de todo lo que todavía es un obstáculo, "de todo lo que nos ata, de todo lo que nos sujeta como cola de pegar, de todo lo que hace nuestro vuelo más pesado, a fin de poder alcanzar lo que nos colma, más allá de lo cual no hay nada, debajo de lo cual están todas las cosas y en lo cual todas las cosas tienen su origen"⁵⁵.

A medida que te hundes en tu dimensión profunda, los ruidos se esfuman, los remolinos se apaciguan, y tu corazón se pone a la escucha de tu "único maestro interior", el Verbo Eterno, Verdad que ilumina desde dentro.

"Que hable pues, El, adentro, allí donde ningún hombre penetra; porque si es verdad que alguien puede permanecer a tu lado, nadie puede penetrar en tu corazón. Que no sea así, que tu corazón no permanezca sin huésped; que El, Cristo, esté en tu corazón. Que esta dulzura interior esté en tu corazón, no sea que este corazón sediento permanezca en la soledad y no encuentre ninguna fuente donde beber..."⁵⁶.

51. Ps 51,14

52. L 130,30

53. Ps 141,5

54. S 126,15

55. Ps 76,1

56. I Jn 3,13

Esta escucha, esta densidad de silencio no son desgraciadamente naturales:

“Desde fuera, como lo hemos dicho, las realidades pasajeras y sensibles penetran por la puerta de nuestros pensamientos, es decir, por nuestros sentidos, y perturban nuestra oración con una multitud de vanos fantasmas. Es pues necesario cerrar la puerta, lo cual quiere decir resistir a los sentidos, a fin de que una oración totalmente espiritual suba hasta el Padre, surgida de lo hondo de nuestro corazón, donde oramos al Padre en lo secreto.

En la oración se produce esta conversión del corazón a Aquel que siempre está dispuesto a dar. Y en esta misma conversión se opera la purificación de la mirada interior; a medida que se rechazan todas las codicias terrestres, a partir de ese momento, la mirada penetrante del corazón simple puede sostener la claridad de la simple luz, de esta luz procedente de Dios que resplandece, sin ocaso, inalterable. Y no sólo la puede sostener, sino que permanece en ella, y sin dificultad, más aún, con una inefable alegría en la cual se perfecciona, en toda verdad y pureza, la vida bienaventurada”⁵⁷.

Estamos hechos para esta bienaventuranza: conocer a Dios, amarlo, poseerlo y ser poseídos por El. “Bebamos pues de esta fuente secreta, veamos esta luz totalmente interior”⁵⁸. Vivamos cerca de la fuente que desaltera, donde el Dios eterno quiera irradiar. *Intus bibamus, intus videamus*.

Agustín te pide una oración muy pura, esencial, santa: “Pensar en Dios, amar a Dios, y amarlo gratuitamente. No esperar nada de El sino a El mismo. Si amas, ama gratuitamente: si amas de verdad, que Aquel que amas sea todo tu salario”⁵⁹. “Todo hombre que grita al Señor por cualquier cosa fuera de El, aún no ha atravesado nada”⁶⁰. Nuestra sola y única felicidad debe ser una perfecta unión con Dios: “*Deo inhaerere gratis*”⁶¹.

“Únicamente el que te creó puede bastarte. Todo lo que buscas fuera de El no es más que miseria. Sólo puede bastarte quien te hizo a su semejanza. Sólo allí reside nuestra certeza, y con ella una saciedad insaciable. *Satietas insatiabilis*. Serás saciado, pero sin decir nunca: basta...”⁶².

Es importante, nos dice san Agustín, que el cuerpo participe en la oración. La Escritura no prescribe ninguna actitud, “con tal de que el alma esté atenta en presencia de Dios”: el publicano oraba de pie, Esteban de rodillas; el rey David se sentaba, y el salmista oraba en su lecho... Es importante que el cuerpo tome la actitud que más le conviene, para ayudar el movimiento del

57. *De Ser. Dom. in Monte*, II, 3, 11 y 14. 60. *Ps* 76,2

58. *Ev Jn Tr* 25 61. *I Jn* 9,10

59. *S* 165,4 62. *S* 125,11

alma. El orante se arrodilla, se prosterna, extiende sus manos. No es ciertamente para dar a conocer su deseo a Dios, porque su corazón está desnudo frente a El. Pero por medio de estos gestos, el hombre se estimula más a la oración, y la súplica de su alma se hace más humilde, más ferviente. Y no sé muy bien cómo sucede: aunque estos movimientos del cuerpo no pueden ser más que el efecto de un movimiento del alma que los precedió, por medio de estos gestos visibles, el impulso invisible se agranda: el sentimiento del corazón se ha adelantado a los gestos que dicta, mas, con la ayuda de estos gestos, va creciendo..."⁶³.

En lo más profundo de tu ser, en ese puro silencio, un amor trata de nacer... Amar a la manera de Cristo... "Saquemos, hermanos, el Amor de la fuente inagotable de donde brota, que penetre totalmente en nuestra alma y que sea nuestro alimento. *Cape per quod sis capax*. Acoge lo que aumenta la capacidad de tu corazón. Que el Amor te engendre, te nutra, te fortalezca..."⁶⁴.

Corde ne sileas, vita ne taceas...⁶⁵

"El amor destruye lo que fuimos para que podamos devenir lo que no éramos..."⁶⁶.

La oración se ha callado, esa hora preciosa entre todas, en que Dios habló a tu corazón, en que te sentiste más verdadero, mejor, reconciliado contigo mismo y con los demás. La vida te ha tomado nuevamente, con el peso de lo cotidiano y sus fuerzas centrífugas. No dejes que tu corazón se calle, dice Agustín, no dejes que tu vida se calle. El deseo ora siempre, aun cuando la lengua calla. No dejes de desear, no dejes de amar...

"Que el amor nazca en ti, si aún no nació, y si ya ha nacido en tu corazón, debes alimentarlo, nutrirlo, desarrollarlo..."⁶⁷. El es tu vida con Dios.

Fortis res est dilectio. El amor es una fuerza, una energía indomable. No soporta el aislamiento: *sola esse non potest*⁶⁸.

La acogida de la ternura de Dios en la oración te impulsa a buscar un poco de coherencia entre lo concreto de tu vida y la experiencia vivida, experiencia que no se puede comunicar y que sin embargo es germen de comunión. Tu oración, si es verdadera, debe decir tu vida. "Interroga a tu vida: que sea ella quien te conteste"⁶⁹.

Estás invitado a reunirte con tus hermanos en el misterio contemplado

63. *De cura ger. pro mor.* V,7

64. *S* 126,15

65. *Ps* 146,2

66. *Ps* 121,12

67. *Ev Jn Tr* 65

68. *S* 349,1

69. *Ps* 102,28

donde has sentido que tu corazón se abría a la imagen de tu Creador. El quiere compartir contigo su felicidad de amar, su alegría de dar. Imitar a Dios, ¿no es acaso la mejor manera de alabarlo?

“Los oídos de Dios están abiertos, no a la boca, sino al corazón, no a la palabra, sino a la vida de aquel que lo alaba”⁷⁰.

Traducir con actos su presencia y su ternura: el amor es una gracia siempre ofrecida. Mirar con una mirada contemplativa los seres y los acontecimientos; descubrir, en todas las angustias a Jesús re-crucificado. Entonces habrá ya un gusto anticipado del Reino, y Mateo el Evangelista te acoge en el capítulo 25.

“Al cantar el Alleluia, da pan al hambriento, viste al desnudo, recibe al peregrino. No sólo canta tu voz, sino que tu mano también canta porque tus actos se conforman a tus palabras”⁷¹.

¡Sin embargo cuántas cosas pueden tomar el aspecto del amor y no lo son! te dice Agustín, maestro exigente. Uno puede sentir fácilmente una buena conciencia. “¡No te hagas el importante! Dios es más grande que nuestro corazón y conoce todo”⁷². Nos pide que verifiquemos nuestras intenciones; un discernimiento más penetrante que una espada de dos filos.

“Aquí estás, delante de Dios, interroga tu corazón, mira lo que has hecho y lo que has deseado mientras lo estabas haciendo...”⁷³.

“Entra en tu conciencia, interrógala. No mires lo que florece fuera, sino la raíz que está en tierra”⁷⁴.

¿Está el amor en la raíz? Sólo el amor distingue el valor de las acciones humanas. “Allí reside el gran signo, el gran principio de discernimiento”⁷⁵.

“El amor fue derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado...” Esta difusión, observa Agustín, comporta la idea de una larga extensión⁷⁶. El amor es una vía real, “via magna”; la ronda resplandeciente de Fra Angelico, la misma vida con Dios fuente y fermento de nuestra comunión.

Convertirse es finalmente entrar en la infinita libertad de Dios. Y Dios nunca decepciona.

70. Ps 146,3

71. Ps 149,9

72. 1 Jn 6,3

73. *Ibidem*

74. 1 Jn 8,9

75. 1 Jn 5,7

76. S 169,15

“Tu amor cambia, tus alegrías cambian; nada te ha sido quitado, pero todo ha cambiado...” 77.

Centre de Recherche Augustinienne
78830 BONNELLES — Francia

Hna. DOUCELINE

Estimado amigo:

Si desea adquirir libros de editoriales españolas puede dirigirse a:

Ediciones y Distribuciones Isla
Bailén 19
28013 MADRID

España